

desde **8** años

Barcos que vuelan

Paula Carrasco

Ilustraciones Carmen Cardemil

Virita ha quedado sola. Su mejor amiga se ha ido a vivir a Francia.

¿Como se defendera de Morgana ¿Con quién hara cosas *extra-ordinarias*?

¿Y si la vale encuentra otra amiga?

La nueva vida de Daniela traera sorpresas inesperadas.



ALFAGUARA



desde **8** años

Barcos que vuelan

ALFAGUARA

PRÓXIMA PASADA ALFAGUARA

Barcos que vuelan

Paula Carrasco B.



ALFAGUARA



INFANTIL Y JUVENIL

© 2003, del texto: Paula Carrasco B.
© De las ilustraciones: Carmen Cardemil

De esta edición:
2003, Aguilar Chilena de Ediciones, S.A.
Dr. Anibal Arizta 1444, Providencia
Santiago de Chile

- Grupo Santillana de Ediciones S.A.
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Avda. Universidad, 767, Colonia del Valle,
México D.F. 03100
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Beatley 3860, 1437 Buenos Aires, Argentina
- Santillana, S.A.
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú
- Ediciones Santillana S.A.
Construcción 1889, 11800 Montevideo, Uruguay
- Santillana S.A.
Avda. Venezuela N° 276, c/Mcal López y España,
Asunción, Paraguay
- Santillana de Ediciones S.A.
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez y
Belisario Salinas, La Paz, Bolivia

ISBN: 956-239-268-6

Inscripción: 133.712

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: septiembre de 2003

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Barcos que vuelan

Paula Carrasco B.

Ilustraciones de Carmen Cardemil



ALFAGUARA



A Joaquín, mi gran fuente de inspiración.

A la Muga, por sus ojos de estrella.

A Gonzalo, por el amor eterno.

Barcos que vuelan

Tengo un recuerdo grabado en el alma. Parece que hubiera sido ayer, pero ya ha pasado mucho tiempo. Íbamos a salir de vacaciones y la Vale y yo teníamos un plan genial. Nos juntaríamos en mi casa durante toda la semana y construiríamos un club detrás del árbol que da a la cocina. La idea era sacar las tablas del quiosco de don Luis, ya que él no las iba a necesitar porque como «las cosas andaban mal», probablemente no seguiría con el negocio.

Llegó el sábado y pusimos manos a la obra. Nadie notó lo que estábamos haciendo. Lo malo fue que cuando habíamos sacado como diez tablas, el resto del quiosco se derrumbó, dejando una catástrofe mundial en la mitad de la calle. Así que rápidamente subimos

todo a la carretilla del jardinero y nos fuimos corriendo para mi casa.

Tuvimos que sacar el martillo y los clavos de la caja secreta de mi papá. Él siempre ha creído que es secreta, pero cuando no está todos le sacan cosas de su caja. El secreto es dejarla igualita, después de usar las herramientas.

Teníamos tantas tablas, que nos tuvimos que gastar todos los clavos y el martillo desapareció para siempre en alguna parte. Yo creo que, sin querer, lo habíamos botado a la basura junto con los pedazos de quiosco que no pudimos reciclar. En el lugar del martillo pusimos un palo, que no nos servía para el club; mi papá ni notaría la diferencia. Al final, después de cinco días de intenso trabajo, teníamos el mismísimo quiosco de don Luis dentro de mi propio jardín. Nadie se dio cuenta, porque en mi casa todos llegan tarde y no miran mucho para afuera.

El problema fue que cuando don Luis volvió de sus vacaciones, que dice

que las pasó en un lugar que se llama Cana, parece que se desmayó al llegar al lugar de los hechos. Vino la policía y se lo llevaron de nuevo de vacaciones a Cana porque pensaron mal de él. Dijeron que estaba puro vendiendo ilegalidades y que los tenía que acompañar al retén.

Pero a la Vale y a mí se nos olvidó rápidamente el escándalo de don Luis y nos dedicamos a vivir en nuestro quiosco-club. El problema fue que no contamos con que haría tanto calor allí. Así que para no sofocarnos, decidimos quedarnos afuera para planificar lo que podríamos hacer adentro del club cuando llegara el invierno.

Entonces se nos ocurrió pintar el quiosco de algún color que nos gustara mucho. Mi color favorito es el rojo y el de la Vale el morado, así que juntamos todos los frascos de ténpera que había en mi casa y empezamos a pintar el club. Solamente nos alcanzó para una tabla, pero no nos importó porque durante las vacaciones haríamos una

colecta para comprar más pinturas y terminar nuestra obra de arte.

La pena es que ninguna felicidad es eterna. Cuando mi mamá llegó un día, de sorpresa a almorzar, se encontró con el quiosco-club en el jardín. Se puso parapléjica y me castigó en mi pieza sin tele por una semana. Lo peor fue que, antes de volver al trabajo, me hizo desarmar el club y me prohibió volver a invitar a la Vale.

La Vale es mi mejor amiga. De esas *amigas-amigas* a las que se les ocurren ideas *extra-ordinarias*. Ella me ha acompañado siempre, porque mis papás trabajan mucho y yo no tengo hermanos.

Los papás de la Vale casi no trabajan y, además, tiene seis hermanos más grandes que ella. Así que sus papás, que son más conocedores de la vida que los míos, la dejan inventar muchísimas cosas y no le dicen nada.

De todas maneras, a la Vale siempre le ha gustado más mi casa que la de ella, porque dice que aquí hay más

material de ideas. Y eso es porque mi papá tiene un taller en el garaje donde guarda puros tesoros, como taladros y herramientas de última generación.

Además, la Vale es mi amiga porque en el colegio a las otras niñas les gusta más jugar a las muñecas y a otras tonterías, que a nosotras no nos importan. La Vale es mi mejor amiga en todo el mundo.

Mi segunda mejor amiga es mi tía Pita, que vive casi al lado de mi casa y cuando estoy triste siempre voy a verla. Ella me conversa y me convida cosas ricas para comer.

El día que mi mamá me castigó por desarmar el quiosco, sí que me puse triste. Pero no fue por eso, sino porque la Vale me llamó por teléfono y me dijo que me tenía una mala noticia y que me contaba después. A mí se me apretó tanto el estómago, que tuyo que desobedecer el castigo y me fui donde la tía Pita. Tenía un mal presentimiento y no podía decirlo, porque no sabía ni

cuál era el problema. Así que me quedé callada y no comí ninguna de las galletas que me convidó. Hasta que la tía Pita se preocupó y llamó a mi mamá, muy seria. Mi mamá llegó al poco rato y me pidió perdón por el castigo. A mí me dio tanta pena su cara de pena, que de puro llorar todo el rato, no le pude decir que la perdonaba y que no me importaba y que estaba así por el presentimiento enorme que tenía en el estómago.

Hasta que al otro día en la mañana, mientras tomábamos desayuno, ella lanzó el misil: «¿Así que la Vale se va a vivir a Francia?» Y ahí sí que no pude tomar más leche. Me quedé pálida y mi mamá pensó que yo estaba enferma. Llamó al doctor, que le dijo que era un virus y que me



quedara en la casa por una semana sin ir al colegio.

Y no pude ver a la Vale. Quizás no la podría ver más. Me dio como un puñalazo en la costilla y creo que me dio hasta fiebre. Mi mamá me dijo que podía ser contagioso, así que no podría recibir visitas por unos días. Me sentía como un huevo frito.

Como a los tres días de estar en cama, me vino a ver la tía Pita. Al final, pude hablar y le conté lo que me pasaba. Menos mal que ella es sabia, porque me dijo que si uno quería de verdad a una persona, la amistad no se terminaba nunca. Me dijo que por un amigo de verdad uno podía hacer cosas imposibles, como domar un hipopótamo o hacer volar un barco y después se fue.

Pero yo me quedé con una pena tan grande y con los barcos volando en la cabeza, que tomé papel lustre y me puse a hacer barquitos de papel. Quizás así me sentiría mejor. Llevaba como 100 barcos de papel cuando sonó el

teléfono: era la Vale que me quería contar que se iba el sábado a vivir a Francia, porque a su papá lo trasladaba la empresa en la que trabaja. Prometió que me iba a escribir. Sonaba muy triste y yo no podía consolarla, porque tenía un hipo de pena atravesado en la garganta y al final creo que dije: «Chao amiga» y colgué. Parece que lloré toda la tarde.

El avión de la Vale salía a las 12 pm del sábado y yo no podía ir al aeropuerto por lo del famoso virus. Sólo pensaba que ya no iba a tener ninguna amiga y tenía 100 barcos de papel en mi velador, que me recordaban a la Vale y no sabía qué hacer. Hasta que llegó el sábado y se me ocurrió abrir la ventana para que el aire volara mi pena, pero entró una brisa fuerte y en lugar de mi pena, salieron volando todos los barcos de papel, como si fueran volantines o mariposas. Eran justo las 12 pm.

Me acuerdo que cerré los ojos y deseé con todo mi corazón que la Vale hubiera visto algún barco volando desde



la ventanilla del avión, para que sepa que siempre seré su amiga, para que nunca se olvide de mí. A lo mejor, hasta pudo sacar la mano y tomar uno para llevárselo de recuerdo a Francia.

Éste es el recuerdo que tengo grabado en el alma. Ahora creo que cuando sea grande voy a ser piloto o azafata, así podré ir a Francia día por medio. La tía Pita dice que todo es posible si uno se lo propone y, aunque tengo una tristeza pegada al corazón, ya me propuse que la Vale y yo seremos amigas para siempre.

La bomba higiénica

Cada vez que echo de menos a la Vale me voy a la casa de la tía Pita. La Vale es mi mejor amiga en todo el mundo, pero el mundo es demasiado grande y ella se tuvo que ir a vivir a Francia y yo me quedé aquí, con todos los proyectos que teníamos para los próximos diez años. Me empecé a acordar de ella y se me apretó el estómago y, como no quería llorar porque después me queda la cara roja todo el día, me fui ver a la tía Pita.

La tía Pita es mi vecina y segunda mejor amiga. Pero al llegar a su casa, me encontré con que la tía Pita no estaba sola: la había ido a ver una señora muy fifi y su hija, una niña como de mi porte, pero tan fifi como su mamá, con unos vestidos como de torta de novios y zapatos que brillaban.

La tía Pita es mi vecina y segunda mejor amiga. Pero al llegar a su casa, me encontré con que la tía Pita no estaba sola: la había ido a ver una señora muy fifi y su hija, una niña como de mi porte, pero tan fifi como su mamá, con unos vestidos como de torta de novios y zapatos que brillaban.

A mí me dió mucha rabia porque la tía Pita casi no me vio. Me fui directo a su pieza a ver tele, mientras todas las fifis hablaban puras fífideces y comían fífilerías con té.

Entonces la pena que tenía se me volvió rabia y me enojé con la tía Pita, porque yo quería estar sola con ella. Me metí en su baño y tomé un rouge para escribirle un mensaje de rabia en el espejo. Pero me distraje mirando todos los frasquitos de la tía Pita y postergué el mensaje, porque me dieron unas ganas terribles de hacer un experimento. Como no tenía ni un frasco para poner los ingredientes, los puse en la tina. Abrí las cremas, los champús, los bálsamos y los desodorantes, incluso le puse limpiavidrios y hasta cloro con agua oxigenada. Como la tina era muy grande y los frasquitos de perfume muy chiquititos, los tuve que vaciar enteros en el experimento. Y mientras iba mezclando y revolviendo con el cepillo de limpiar la taza, iba pensando en que si

yo vaciaba todo ese líquido en un globo, podría crear una bomba higiénica. Hasta me podría hacer rica vendiendo bombas higiénicas para lavar mascotas o niños o hasta autos. «Se arroja el globo sobre la superficie sucia y en un segundo estará como nueva», yo pensaba. Estaba tan feliz con mi nuevo invento, imaginándome toda la plata que iba a ganar y que hasta iba a poder ir a Francia, que no me di cuenta que, desde la penumbra, dos ojos enormes me observaban.

De un salto me di vuelta para sorprender al espía. Cuando abrí la puerta me encontré con la niña fifí, mirándome muy curiosa de arriba a abajo. Claro, porque con tanto entusiasmo no me había dado cuenta de que yo estaba tan llena de espuma y olor como mi experimento.

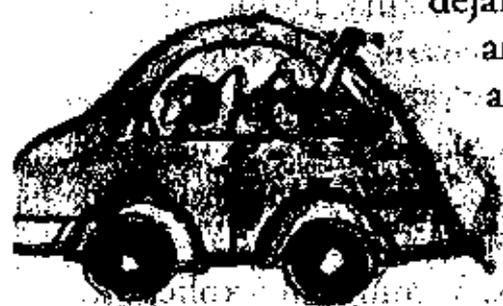
«Si me acusas, te mato», le dije. Pero a ella no le importó y se metió al baño a mirar lo que yo estaba haciendo. «Te traje esto», me dijo y me pasó una



caja de detergente para lavar ropa. Era justo lo que necesitaba para completar mi invento, así que lo tomé y mientras yo lo echaba en la tina, le dije que fuera revolviendo con el cepillo del WC.

Nos quedamos un buen rato en el baño, tratando de encontrar la forma de sacar el invento de ahí. Al final, la niña me dijo que usáramos los frascos que ya estaban vacíos. Y como me explicó que era una experta espía, decidimos que yo iba a llenar los frascos y ella los sacaba disimuladamente al patio. En eso estábamos, íbamos como en el tercero, cuando sonó el teléfono y era para mí, mi mamá. Tuve que ir a atender porque si no todo iba a ser muy sospechoso. Pero no fue una buena idea. Cuando la mamá fífi de la niña espía me vio, lanzó un grito que casi me paraliza. Parece que mi aspecto era atroz, como dijo ella. Y se puso a llamar a su hija aterroradamente, gritando: «¡Trini!, ¡Trini!». La tía Pita corrió al baño y cuando salió estaba tan pálida como el detergente

que me dio la niña. «Tenemos que hablar», me dijo la tía Pita y yo casi me puse a llorar, porque no quería que



dejara de ser mi amiga. Me iba a quedar sin amigas en el mundo.

Mientras pensaba en eso, la señora fifi arrastraba de un brazo a la Trini y la subía en su auto último modelo. La Trini bajó la ventanilla del auto y alcanzó a gritar «¿Cómo te llamas?» «Virita», le contesté yo y me dijo: «Mé gustó jugar contigo», antes de que su mamá le subiera la ventanilla y desaparecieran en el horizonte.

La tía Pita me tomó de la mano y me llevó al baño. Me pidió que, por favor, lo limpiara todo y me dijo que después hablaríamos. Cuando el baño estuvo impecable, salí y la encontré esperándome en el sofá. «¿Por qué?», me preguntó y le

conté de mi pena y del mensaje que le iba a dejar escrito en el espejo y de la idea que se me ocurrió de repente. Le conté lo de la bomba higiénica y de la niña espía. «Se llama Trinidad», me contó la tía y después me dijo que lo de la bomba higiénica no era tan mala idea y que, si yo dejaba todo limpio, ella me podía dejar usar su baño para mis experimentos. La tía Pita es lo mejor de lo mejor y lo más increíble es que me dijo: «¿Viste cómo puedes hacer otras amigas?» Yo ni lo había pensado, pero, en realidad, lo pasé bien con la Trini. Quizás hasta podría llamarla para cuando haya que hacer las primeras pruebas del experimento, total la tía Pita tiene su número de teléfono. Ojalá la dejen venir.

La bomba fétida

Me llamo Daniela, pero me dicen Virita. Mi mamá dice que cuando yo nací era *extra-deliciosa* y que cada persona que me iba a conocer se enamoraba perdidamente de mí. El doctor dijo que yo era una bebé *extra-ordinaria* porque nací sonriendo y cada vez que alguien me tomaba en sus brazos se contagiaba con mi sonrisa. Era como un virus pegajoso de amor. Así que me empezaron a decir Virita, que es como decir «eres un virus, chiquitita». Desde entonces, todos me dicen así. Incluso en el colegio todos me dicen Virita, yo creo que ni siquiera se imaginan cuál es mi verdadero nombre. Y eso está muy conveniente porque cuando hago alguna travesura y quieren retar a la Daniela, yo me hago có-

mo que no la conozco y no me pueden decir nada.

Como el otro día, que dejé un desastre histórico en el colegio. Pero la gran responsable del caos no fui yo sino la Morgana, mi *archi-enemiga*. Ella siempre me dice que soy rara y no deja que las otras niñas se junten conmigo. Mi única amiga de siempre era la Vale, pero ya no vale, porque se fue a vivir a Francia. Y ahora la Morgana tomó más fuerza para picar, la muy moscardona.

Me empezó a molestar, la muy bruja y a mí me dio una pataleta de pena y ganas de torcerle el pescuezo. Pero mejor inventé una venganza. Cuando llegué a mi casa me encontré con la Trini, que es una amiga nueva y justo es sobrina de la tía Pita. La Trini no parece muy inteligente con esos vestidos que usa, pero es una máquina de ideas. Así que le conté todo sobre la Morgana y tuvo una idea *extraextra-ordinaria*: me dijo que preparáramos una bomba fétida para que yo se la tirara en la cabeza a la Morgana.

Trabajamos muy duro juntando fetideces como caca del Salomón (mi perro), pipí de la Trini, vinagre, bicarbonato, perfume de la mamá de la Trini y crema de la mía. Estaba asqueroso. Pusimos todos los ingredientes mezclados con unos conchos de vino (de las botellas viejas de mi papá) y lo echamos adentro de un globo rojo. Después puse la bomba fétida en mi mochila para tirársela a la Morgana apenas saliéramos al recreo. Pasé la mejor noche de mi vida imaginando la cara de la Morgana cuando le cayera la fetidez en su «hermoso cabello dorado». Ja. Pero igual tenía un poquito de nervios en el estómago, porque la famosa conciencia me decía que no lo hiciera. Pero ganó la venganza y dejé a la conciencia durmiendo siesta hasta después del hecho fatal.

Casi no pegué los ojos en toda la noche. Al otro día amanecí con dolor de estómago y mi mamá casi me dejó en la casa, pero puse cara de sana y pa-

rece que me creyó. Ella me dijo: «Hay un olor fétido, ¿será que te tiraste un pun?» Yo puse cara de ofendida y le eché la culpa al Salomón: «Es que le di unas papas fritas ayer y con la sed, se tomó toda el agua del WC, justo después de que la Trini había ido». Se quedó tranquila y yo no tuve que decirle que el olor que sentía era la bomba fétida, que empezaba a podrirse en mi mochila.

Llegué al colegio y esperé y esperé. Cuando la Morgana se dio vuelta y me sacó la lengua, me di cuenta de que ésa era la señal. Tenía que hacerlo. Pero el desastre mundial quedó cuando tocaron la campana del recreo. Abrí la mochila y vi que la bomba se estaba desintegrando, el líquido escurría como lava de un volcán. No había tiempo que perder. Con el asco que me dio no quería esperar más para tirarla. La Morgana estaba justo en la puerta; metí la mano a la mochila y lancé la bomba. Pero la vida tiene sus vueltas. La bomba se demoró tanto en volar a través de la



sala de clases, que cuando explotó, ya no era la Morgana la que estaba en la puerta, sino mi profesora, la mismísima tía Laura. La bomba reventó en el centro de su ser. Ella sólo pestañeaba, toda parapléjica y chorreaba caca del Salomón.

Ahí quedó la crema. Todos gritaban o saltan corriendo por el olor fétido. Y yo, mientras tanto, pensaba que la Trini iba a estar feliz cuando supiera que la bomba había sido todo un éxito. Hasta podríamos patentarla y venderla. Eso sí, pagándole comisión al Salomón, que es una parte muy importante en el proceso de fabricación.

Pero la tía Laura chillaba y gritaba «¡Daniela, esto te va a costar una suspensión de tres días!» Pero como ése es un nombre que casi nadie conoce, yo miraba para todos lados como buscando a la famosa Daniela. Y mis compañeros pensaban que la pobre tía Laura se había vuelto loca. Sólo que cuando me tomó de la muñeca y me llevó a la inspectoría, algunos deben haber descubierto mi

verdadero nombre. Pero no importa, porque así todos van a pensar que tengo doble personalidad y eso es genial.

Cuando llegué a mi casa, me llamó la tía Laura para saber cómo estaba. Le pedí muchas disculpas porque ella no se merecía ese olor. Le confesé por qué lo había hecho y la tía Laura, que tiene buen corazón, me dijo que la próxima vez que la Morgana me molestara hablaríamos las tres para poder resolver el problema. Me contó que su vestido quedó fétido para siempre y tuvo que botarlo a la basura, pero que me lo agradecía porque estaba viejo y se compró uno nuevo de lo más bonito.

Ahora entiendo por qué la tía Pita siempre me dice que es mejor hablar las cosas. Sólo que a veces las palabras no salen y se convierten en bombas fétidas. Mejor me dedico a las bombas higiénicas. Y ahora que sé que la tía Laura me comprende va a ser más fácil defenderme con palabras cuando la Morgana me moleste. Ya tengo pensado

pedirle a la tía Pita que, para mi cumpleaños, me regale un diccionario para estar mejor preparada.



Roco

La Trini es sobrina de verdad de la tía Pita, no como yo que soy putativa. O sea, que la señora fifí, es hermana de la tía Pita y se llama tía Lali. La tía Pita se había peleado con ella, pero ahora se amigaron y hablan por teléfono todos los días. Y yo salí muy favorecida con esta nueva amistad de hermanas, porque la Trini viene una vez a la semana a quedarse donde la tía Pita y nos entretenemos de lo lindo.

El otro día, le tocó venir a la Trini y trajo a su mascota, un hámster café que se llama Napoleón. Decidimos hacer una carrera de mascotas, así que preparamos una pista en la calle para que el Napoleón compitiera con la Matilde, que es mi araña pollito. Yo aposté \$100 a que ganaba la Matilde, pero la

Trini no tenía plata, así que apostó sus zapatos nuevos. La Matilde corrió como loca, pero el Napoleón no entendió nada y se dedicó a pasear por la pista como si fuera domingo. La Trini tuvo que darme sus zapatos morados y para que no se fuera a pata pelada yo le di los míos, que estaban un poquito hediondos y viejos.

Estábamos de lo mejor, cambiándonos los zapatos, cuando vimos aparecer en la calle un camión de mudanzas, que se estacionó justo frente a mi casa. De él bajaron varios hombres y un niño como de mi edad. Con la Trini nos miramos y, sin hablar, nos transmitimos el pensamiento: había que averiguar quiénes eran los nuevos vecinos. Bajaron unos muebles *extra-ordinarios* del camión. Con la Trini no podíamos creer lo que veían nuestros ojos: un puf como de piel de leopardo, unos cuadros enormes de colores interplanetarios y, lo más increíble, una cama de color calipso que, en vez de cabecera, tenía un acuario. Estábamos tan sorprendidas, que no nos dimos

cuenta de que el niño del camión estaba parado frente a nosotras muerto de la risa.

—¿Es de ustedes esta araña? —nos preguntó con la Matilde en su mano.

Yo la tomé, le di las gracias y el niño desapareció en su nueva casa. Recién ahí nos acordamos del Napoleón, que andaba perdido por ahí, convencido de que era su día de paseo. La Trini lo buscó por toda la calle y yo por todos los jardines vecinos, pero el Napo no aparecía por ninguna parte.

La tía Lali vino a buscar a la Trini, pero antes de subirse al auto me miró con unos ojos de tanta pena, que tuve que prometerle que no descansaría hasta encontrar al Napo. Y la Trini se fue con su cara triste y su mamá fifi.

Yo nunca rompo una promesa así que tuve que cumplir. Busqué y busqué por todos lados, pero el Napo no aparecía. Cuando llegó mi mamá le pedí permiso para seguir un rato afuera y le conté la trágica historia del ratoncito perdido. Parece que se conmovió por-

que me dijo que me pusiera un suéter y saliera con una



linterna, porque ya era tarde y estaba un poco oscuro.

Al salir, me di cuenta que había buscado por todas partes, excepto en la casa de los nuevos vecinos. Toqué el timbre pero no salió nadie. De la casa se escuchaba una música muy fuerte, como rock y como pensé que era una fiesta, empujé la puerta y entré. Total en las fiestas nadie se da cuenta de quién está y quién no. Pero no había fiesta y frente a mí estaba parado, mirándome fijamente, el niño que me devolvió a la Matilde. Cuando me repuse del impacto le dije:

—¿Crees que había fiesta en tu casa y por eso entré.

—¿O sea que tú entras a cualquier fiesta, de cualquier casa, en cualquier momento? —me dijo con cara de hombre grande.

—No, o sea, sí, pero no siempre, es que... como nadie abría... y yo necesitaba...

—¿El baño? —me interrumpió con risa.

—Noooooo —le dije yo, un poco colorada—. Necesito encontrar al Napoleón. Es el hámster café, de mi amiga Trini, que viene sólo una vez a la semana y que se fue casi llorando y yo le prometí y lo busqué y...

—¡Basta! —dijo él, iracundo—, no necesito tanta información, niña, o sea, estás buscando un ratón.

—Sí —le dije un poco pálida por haber tenido que frenar todas las palabras de golpe.

—Yo lo tengo —dijo el niño—. Me imaginé que era tuyo, pero también me imaginé que eras una curiosa y que sería una buena excusa para venir a espiar mi casa. Por lo visto, no me equivoqué.

—Así que eres clarividente —le dije orgullosa—, podrías servir para nuestro club de detectives —le mentí,

porque ese club nunca ha existido, pero quería darle una buena impresión.

—Sí —me dijo—, sería perfecto para ese club, pero sólo como presidente. Me llamo Rodrigo, pero me puedes decir Roco y vamos a ser vecinos. Aquí está tu ratón, ya le di pan y tomó agua. Está listo para dormir.

—Gracias, Roco —le dije y empecé a salir de la casa, pero con todo el desorden de la mudanza pisé una caja llena de tubos de colores que se desparramaron y pegotearon artísticamente en los zapatos de la Trini.

—¡Cuidado! —dijo Roco—, son los óleos de mi papá, él es pintor. La música que oíste es la música que escucha para inspirarse mientras pinta.

—¡Ah! —le contesté con los zapatos de la Trini de color arco iris.

—Nos vemos mañana, a las cinco, para nuestra reunión del club de detectives. Voy a necesitar que todos los miembros estén presentes para informarles del cambio de directiva y darles



a conocer un nuevo caso para resolver.

No supe qué decir, asentí con la cabeza pero no entendí ni la mitad de las cosas que me dijo el Roco, excepto que su papá es pintor, que le gusta la música ruidosa y que él es ahora el presidente de un club que no existe. Por lo menos, va a ser un buen presidente, porque es bueno para mandar, ya me cuenta. Así que mañana tenemos reunión del club de detectives a las cinco. Voy a tener como dos horas después del colegio, para juntar miembros para el club y rogarles que pongan cara de que son antiguos. Por ahora voy a llamar a la Trini para decirle que el Napo está a salvo, contarle quiénes son los nuevos vecinos y que mañana tenemos reunión. Yo creo que cuando vea sus zapatos me lo va a agradecer, porque ahora sí que son originales; no los encontrará en ninguna tienda.

La carta me llegó cuando yo estaba en el colegio. Yo había inventado un club de detectives y había invitado al Roco a ser el presidente. Él me escribió diciéndome que no existía el club de detectives y que él no quería ser el presidente de un club que no existía.

Ahora el Roco, que es mi nuevo vecino, quiere ser detective por mi culpa. Cuando nos conocimos yo le inventé que tenía un club de detectives. Creo que lo hice para que pensara que yo era fantástica y quisiera ser mi amigo. ¡Nunca me imaginé que querría ser el presidente de un club que no existe!

Inventé una reunión relámpago para no defraudarlo, así que llamé a la Trini y también incluí al Salomón, que es un perfecto perro espía. La reunión ya estaba armada para las cinco de la tarde de ese día fatal, pero a veces las cosas no salen como una quiere. Cuando llegué del colegio, como a las tres, a preparar la reunión, me encontré con una carta sobre mi cama. Cuando vi la letra del sobre me di cuenta de quién la

había mandado: era la Vale.

La Vale es mi *mejor-mejor* amiga y se fue a vivir a Francia. Yo la he echado mucho de menos porque con ella siempre hacíamos cosas *in-creibles*. Una vez, cuando éramos chicas, se nos ocurrió hacer fósiles de plasticina y vendérselos a nuestros vecinos. Nos fue muy bien con el negocio. En otra ocasión, hasta usamos las tablas de un quiosco abandonado para construir nuestro club. Lo triste fue que mi mamá nos hizo desarmarlo, pero igual lo pasamos súper.

Además, con la Vale, recogíamos a todos los animalitos abandonados en la calle, desde perros hasta ratones o lombrices y armamos un verdadero zoológico veterinario en su casa. Pero lo que más me hacía quererla, era que cuando me molestaban en el colegio, ella me defendía. Con sólo una mirada *in-dignada* hacía callar a la Morgana, que era la más molestosa y matea del curso. Ahora que no está, siento como

un hueco en el estómago cada vez que llego al colegio y veo que en su silla se sienta el Pelayo o la Sofi. Tuve que aprender a defenderme sola y a ser amiga también de otras personas, pero en el fondo de mi corazón, lo que más quiero en la vida es que la Vale regrese. Pero parece que todavía falta un tiempo.

Abrí la carta pensando en todas estas cosas. La Vale sonaba divertida, me contaba que en su nuevo colegio también había una Morgana, sólo que se llama Michelle, pero que era igualita de pesada. Y que un día la suspendieron por pegar con cola fría todas las hojas de los cuadernos de la Michelle. Parece que no le importó tanto porque como apenas habla francés, ni entendió el reto. También me decía que vive al lado de una laguna llena de patos, cisnes y todo tipo de animales que necesitan ayuda. Así que había abierto nuevamente el negocio de sanar animales y adoptarlos. Pero lo más importante que me escribió era que me echaba mucho

de menos, que no había encontrado a ninguna Virita en su colegio nuevo y que por qué no me iba yo a vivir allá; que convenciera a mis papás de que allá se trabaja menos y hay cosas exquisitas para comer. Terminaba la carta con un «te quiero mucho» y firmaba MOCO (que es su nombre secreto). Y ahí sí que fue el cataclismo. Sentí que mi garganta se cerraba, que mi estómago era un volcán, que mis ojos se inundaban y que todo mi cuerpo se retorció. Hasta que me estalló el volcán interior con unas lágrimas que nunca había llorado en mi vida y unos suspiros que parecían bostezo de hipopótamo.

No pude parar hasta que cerré la carta y vi que, muy silencioso, el Roco me miraba desde la puerta. Yo no sé en qué estaba pensando mi cabeza, que corrí hacia él y me lancé a sus brazos a llorar. Y el Roco, en vez de asustarse y salir corriendo, me abrazó y me consoló como un papá y eso me hacía llorar más todavía. El pobre Roco no entendía

nada, pero igual se preocupaba. En eso entró la Trini con el Salomón y, al vernos abrazados, dijo: «¿Interrumpo algo romántico?». Pero cuando vio mi cara de pena pensó que el Roco me había hecho algo y se preparó para pegarle una patada ninja. Menos mal que, entre tanta cosa, a mí se me estaba pasando el llanto y alcancé a ver la pierna de la Trini volando hacia el Roco y la detuve. La Trini perdió el equilibrio y se cayó sentada sobre el Salomón, que quedó enterrado debajo del vestido elegante de la Trini y se puso a ladrar como loco.

Con tanto escándalo y ladrido del Salomón, llegó corriendo la tía Pita, que parece que estaba en sesión de belleza, porque venía con una máscara de palta en la cara. El Salomón no la reconoció y ladraba como loco. Como no, si hasta el Roco se asustó con la cara de palta. Parecía una casa de locos, hasta que de repente a la Trini le dio hipo y a mí me dio risa su hipo y terminamos

todos riendonos sentados en el suelo de mi dormitorio.

La tía Pita se dio cuenta de que no pasaba nada grave y yo me di cuenta de que la Trini también puede defenderme como la Vale, porque si no le agarro la pierna, el Roco jamás habría podido olvidar la patada ninja. Así que cuando se nos pasó la risa, me volvió la pena pero sin lágrimas y les confesé lo que me pasaba: que el club de detectives no existía, que yo quería ver a la Vale, que me dolía el corazón y que también me alegraba porque ellos estaban ahí, conmigo.

El Roco me felicitó por mi creatividad y me dijo que si no había club podíamos crear uno y me abrazó por última vez. La Trini dijo que ella también me quería mucho y que si me servía tener otra amiga, diferente de la Vale, ella tenía ideas *extra-ordinarias* y defendía a sus amigas en peligro. Que cuando llegara la Vale, podríamos hacer un club de muchos miembros y que con nuestras

ideas unidas, nadie podría detenernos. La tía Pita me apretó fuerte contra su corazón de palta (porque la palta ya le chorreaba por todo el cuerpo) y me dijo que se sentía muy orgullosa de mí. Dijo que yo sabía hacer buenos amigos y que *siempre-siempre* contara con ellos y con ella, porque después ellos contarían conmigo también y se fue a lavar la cara a su casa.

Miré al Roco y a la Trini. Sí, ahora éramos amigos. Creo que cuando uno le muestra su corazón a alguien, ese alguien se convierte en un amigo. Hoy yo se los mostré a ellos. Igual sigo echando de menos a la Vale y siento como una lágrima en mi alma. Pero ya no me importa tanto esperar a que regrese porque le voy a tener una sorpresa genial, un verdadero club de detectives.

Cuando llegó mi mamá y me preguntó cómo había estado mi día, le dije que había sido un día bueno y que había aprendido muchas cosas. «¿En el colegio?», me preguntó. «No, en la vida»,



le contesté y me quedé profundamente dormida. Cuando desperté, estaba abrazada a mi mamá. Se había quedado a dormir conmigo. Es que las mamás, aunque uno no les cuente las cosas, siempre saben lo que necesitamos.

Músico y todo

Ha pasado un buen tiempo desde que recibí noticias de la Vale. La Vale es mi amiga del corazón y está en Francia. Yo la echo de menos y me da pena no saber nada de ella. Pensé que quizás ella habría encontrado una amiga mejor que yo, con más ideas y menos catástrofes. Con tanto pensamiento terrible, preferí distraerme y fui a ver a la tía Pita. Pero ella estaba en misa y no volvería en mucho rato más. Miré hacia la casa del Roco. Vi que estaba jugando básquet y lo desafié a un partido de 500 puntos. Así, el día pasaría rápido y mañana ya no tendría tanta pena.

No sabía que el Roco era tan súper dotado. Mientras jugábamos básquet en su casa, la pelota cayó al lado de una puerta misteriosa. Como el Roco

estaba distraído, aproveché para entrar y ver qué había ahí. ¡Fue increíble! Nunca había visto tantos instrumentos musicales juntos: un piano, un violín, un violoncello, una harmónica y otros instrumentos que ni siquiera sabía que existían. Yo estaba feliz investigando e imaginaba que el papá del Roco era director de orquesta y que la banda practicaba en su casa cada cierto tiempo. Pero en eso apareció el Roco, un poco enojado de que yo hubiera descubierto el secreto de su papá. Le dije que no se preocupara, que no le contaría a nadie, si era un secreto. Él me dijo que no era ningún secreto, que él estudiaba música, pero que no le gustaba que yo asomara mis narices por todos lados sin pedir permiso.

Ahí mismo me di cuenta de que estaba frente a un talento nacional incógnito de este país.

—No me digas que sabes tocar todos estos instrumentos —le dije.

—Si no quieres que te lo diga, no

te lo diré, Virita —bromeó él.

—¿Podría verte tocar un poco, Roco? —le pregunté con admiración.

Entonces él tomó el violín y tocó como si hubiera nacido sabiéndolo tocar. Era tan lindo que casi me hizo llorar. Cuando terminó, tomó la flauta y se puso a tocar como un verdadero pajarito.

Era tanta mi impresión que me tuye que sentar, pero no me di cuenta dónde. Me había instalado sobre un bongó. El Roco dejó de tocar y me lanzó una



mirada refrigerante, que me hizo caerme sobre una guitarra. La guitarra sonó tan fuerte que se le rompieron dos cuerdas y se enredaron en los cordones de mis zapatos. No podía zafarme de ese entredo y, para variar, me caí sobre el pobre Roco, que trataba de arreglar el asunto de la guitarra, mis zapatos y el

bongó. Por suerte, el papá del Roco se asustó con el estruendo. Llegó a ver qué pasaba y nos ayudó a desenredarnos. A mí me dio un ataque de risa, de los puros nervios de estar frente a un verdadero artista de la música que, más encima, era mi amigo. Ahora sí que iba a ser famosa de verdad. En el colegio nadie lo podrá creer. Ahí la única que sabe tocar algo es la Morgana, pero sólo conoce la canción En alta mar y nos tiene aburridos de tanto tocarla en todas las presentaciones del colegio.

Apenas estuvimos desenredados, miré al Roco, que no estaba con risa como yo. Parece que el enredo lo enojó, pero su papá, en cambio, estaba muerto de la risa. Me miró y me dijo: «¿Cómo te las arreglas para ser así?». Yo no entendí si era un insulto o un piropo. Preferí tomarlo como un piropo y le conté que yo siempre había sido así, desde el día en que nací, que por eso me decían Virita, porque era un pequeño virus de alegría.



Después de esta explicación, al Roco se le sonrió la cara y su papá sonreía feliz. Me dio un beso en la frente y me dijo que estaba muy feliz de que yo fuera amiga de su hijo. Dijo que gracias a mí el Roco ahora andaba más contento y haciendo más travesuras. Y después se fue. Yo encontré *in-credible* que a algún papá le gustara que su hijo hiciera travesuras. Así que le dije al Roco que si algo raro o terrible pasaba en el colegio por culpa mía, me iría a vivir a su casa para que me perdonaran sin preguntarme nada. El Roco se puso a reír a carcajadas de puro mirar mi cara. Pero cuando le pregunté que por qué su papá quería que él hiciera travesuras, se puso serio y me contó que él iba a un colegio especial porque sabía demasiadas cosas para su edad y que, de vez en cuando, se aburría. Que a veces quería saber lo mismo que cualquier niño.

Le encontré toda la razón. De pronto la admiración que sentía por él, se transformó en admiración por mí.

Sentí que era lindo hacer la vida de alguien más alegre, aunque fuera dejando una catástrofe con los instrumentos musicales. Así que me fui a mi casa, con un calorcito en el corazón. Creo que me dormí bastante feliz. A lo mejor, le escribiré a la Vale para contarle de mi nuevo amigo y de las cosas que he aprendido sobre mí. Quizás la Vale también se sienta orgullosa y vuelva a escribirme.

Después de eso, me quedé pensando mucho. Me acordaba de cuando yo era pequeña y me gustaba hacer cosas que a los demás les parecían raras. Pero siempre me daba cuenta de que yo era una niña normal. Ahora me sentía diferente. Como si hubiera encontrado un mundo nuevo. Me acordaba de cuando me había enamorado de un niño que era muy inteligente. Pero ahora me sentía más segura. Como si hubiera encontrado a alguien que me entendía. Me acordaba de cuando me había enamorado de un niño que era muy inteligente. Pero ahora me sentía más segura. Como si hubiera encontrado a alguien que me entendía.

Un día feliz

Ha sido el mejor día de mi vida. Me despertó mi papá y me dijo: «Despierta Vrita, tienes mail». Al principio no entendí mucho de qué se trataba. Me sacudí bien sacudida, para que cayeran los pedazos de sueño que me quedaban y ahí me di cuenta de quién me había escrito: ¡Era la Vale!. Corrí escaleras abajo y leí mi mail en el PC de mi papá. La Vale me contaba de Francia y de su nuevo colegio y de sus nuevas amigas. Me puse un poco celosa, pero menos mal que puso que yo siempre voy a ser su mejor amiga, porque sólo conmigo se le ocurren las mejores ideas. Ella siempre dice que yo soy como el estornudo y ella el moco, algo así como que yo soy la inspiración y ella la idea. Lo único malo es que de tanto hablar

francés se le está terminando el castellano, así que me dijo que antes de que nos quedemos sin poder hablar, empecemos a practicar clave morse y el resto del mail eran pu-
ros puntitos y rayas. Mi papá me explicó que la clave morse se usaba



en la antigüedad casi de los dinosaurios; parece que antes de la torre de Babel y todo ese desastre y que era para comunicarse cosas importantes en secreto. Creo que es súper. Mi papá lo sabe, así que me leyó el mensaje morse, decía: «Vivo al lado de una laguna, hoy hice un barquito de papel y cuando lo puse en el agua me acordé de ti y te mandé a decir que te acuerdes de que tú siempre serás mi estornudo y firmaba MOCO». Mi papá

menos la tía Laura, salimos corriendo en estampida detrás de la pobre Matilde. No la podíamos encontrar. Hasta que la vi escondida en una canaleta y metí la mano para sacarla. Pero se me trancó la mano, porque el hueco era chico y no quería soltar a la Matilde. Mis compañeros empezaron a entrar a la sala. En eso salió la tía Laura que me ordenaba, desde lejos, que entrara a clases. Pero como yo tenía la mano en la canaleta no la oía. Además, no le podía explicar, porque ella estaba muy lejos. Lo peor era que no le podía gritar porque me lo tiene prohibido. Así que me quedé callada, esperando que la tía se olvidara de mí y tratando de sacar la mano con la araña. Al final lo pude hacer, pero la tía ya venía *in-dignada*, toda roja y con los pelos parados y cuando llegó me tomó de una mano para arrastrarme hasta la sala. La mala suerte fue que justo me tomó de la mano donde yo tenía a la Matilde. El grito fue aterrador...

Terminé en la oficina del director

y me suspendieron por un día; así que aunque mi mamá no quisiera, tendría que faltar a clases.

Cuando llegué a mi casa me encontré a la mamá y al papá de lo más acaramelados y amigos, parece que ellos también habían decidido faltar a su trabajo, así que estábamos en igualdad de condiciones. Y con tanto amor dando vueltas a la hora de la comida, me atreví a contarles lo que había pasado en el colegio y les entregué la nota que les había escrito la tía Laura. Apreté bien los ojos para no mirarles la cara de horror, porque tuve que confesar hasta lo de la Matilde. Cuando abrí los ojos los dos se miraban con cara de risa, hasta que mi papá estalló en carcajadas y mi mamá le decía «no te rías», pero se le notaba que ella también se quería reír. Al final me perdonaron, pero me hicieron prometer, de rodillas, que nunca más llevaría a la Matilde al colegio. Y me dijeron que aprovechara el día de suspensión para darle un baño al Salo-

món y ponerme al día en matemáticas y, si me quedaba tiempo, podía escribirle un mail a la Vale. Así que estudiaré matemáticas toda la noche, le tiro una bomba higiénica al Salomón y así, me queda el resto del día para escribirle a la Vale. Me siento tan feliz que le escribí una nota de «discúlpeme otra vez» a la tía Laura y como ella es buena, sé que me perdonará. Definitivamente, este ha sido el día más feliz de mi vida.

El sueño

Tuve un sueño increíble: el Salomón se quería comer a la Matilde y la perseguía por todo el jardín. La Matilde corría y corría como araña peluda (en realidad ella es una araña peluda). Al final, el Salomón la atrapaba con sus garras y cuando se la iba a tragar la Matilde le hacía cosquillas en los bigotes. El Salomón la soltaba, revolcándose de la risa y la Matilde ya no arrancaba más, sólo sonreía con sus mini colmillos brillantes.

Cuando me desperté, bajé al primer piso a ver si la Matilde estaba bien. Ella dormía a pata de araña suelta y el Salomón roncaba a su lado. Me tranquilicé un poco, pero igual tomé a la Matilde y me la llevé a mi dormitorio. La saqué del frasco y la puse sobre mi

cama para que arrancara si era necesario. Le dije con voz de autoridad severa: «De aquí no te mueves, a menos que estés en peligro de extinción inmediata». Y me fui al colegio.

En el colegio no podía concentrarme. El sueño se me había pegado y daba vueltas en mi cabeza como rueda de bicicleta. Yo no estaba segura si era porque el sueño predecía algún futuro o si era porque la Matilde podía desobedecer y salir de mi cama a algún destino desconocido.

«¿No es así, Virita?», retumbó la voz de la tía Laura a mi lado. «¿Qué cosa, tía?», respondí inocente. La tía no repitió la pregunta, pero me lanzó una mirada refrigerante que no tenía muy buena intención. «Pon atención en clases, Virita», dijo autoritaria, con la misma voz de mando que yo había usado con la Matilde. Ahí sí que me preocupé, porque por más que trataba de poner atención se me aparecían el Salomón y la Matilde en los pensamientos. Si yo

no podía obedecerle a la tía Laura por más que quisiera, menos podría obedecerme la Matilde a mí; ella, que no puede ni controlar hacia donde la llevan sus patitas.

En esas terribles divagaciones estaba cuando de repente sentí un tirón de orejas. Miré para atrás. Ahí estaba la Morgana riéndose de mí, diciéndome a media voz: «Pon atención Daniela tontuela, pon atención». Me dio mucha rabia porque yo trataba de comunicarme telepáticamente con la Matilde y a la fregona de la Morgana le daba con interrumpir mi comunicación con su gracioso invento: «Daniela tontuela, Virita tontita».

Toda la hora de matemáticas estuvo inflando mi rabia hasta que logró



cortar mi telepatía con la Matilde. Así que decidí vengarme. Me agaché disimuladamente y le amarré los cordones de los dos zapatos en un solo, tremendo nudo. No le dije nada, me hice la concentrada, hasta que sonó la campana del recreo. Para que todos salieran rápido grité: «¡El último en salir se come un gusano!» y todos salieron corriendo de la sala. La Morgana quería ser la primera, pero el apuro y el nudo de sus zapatos la hicieron caerse, de boca, al suelo. El porrazo fue estrepitoso. La Morgana lloraba y los niños se reían. Federico ya tenía el gusano en la mano para dárselo a la Morgana. La tía Laura me miraba sospechosa.

—Nadie se va de la sala hasta que no se resuelva esta situación —nos congeló la tía Laura, mientras le limpiaba las lágrimas y los mocos a la Morgana.

—Yo sé quién me hizo esto, tía —dijo la Morgana.

—Creo que yo también —dijo la tía, mirándome fijamente.

—Bueno ya, yo fui —confesé, poniéndome a llorar de humillación y susto de que ahora sí que me expulsaran del colegio.

Todos los niños se paralizaron y la tía les pidió que salieran. Yo también iba hacia la puerta cuando la tía me agarró firme de la mano. «Tú no, tú te quedas aquí con la Morgana y conmigo». Se me heló el corazón, pensaba en cómo se sintió la pobre Matilde cuando yo le dictaminé que no saliera. Me sentía igual que ella, bastante desgraciada.

«A ver cómo explicas esto Virita», dijo la tía. «Tu compañera podría haberse pegado muy fuerte. Es peligroso lo que hiciste. ¿Te das cuenta?» La Morgana lloraba, yo lloraba y la tía esperaba una explicación.

—Me dijo Daniela tontuela durante toda la clase, tía, ya no tenía cómo defenderme.

—Niñitas, estoy cansada de estos conflictos entre ustedes. Ahora se van a sentar frente a frente y no salen de esta



salá hasta que resúelvan su problema —y nos sentó una frente a la otra y se fue.

Yo miré a la Morgana con ojos de furia y la Morgana me miró fijo, como si sus ojos pudieran botarme de la silla. Pasó un rato. La cara de la Morgana se hizo inmensa. Saltaban sus ojos de color pasto y sus pecas bailaban alrededor de ellos. Yo tenía tanta rabia que no podía hablar, así que le saqué la lengua. La Morgana me mostró sus dientes. Yo me puse turnia para asustarla. Pero, en vez de asustarse, a la Morgana le dio risa mi cara y se empezó a reír a carcajadas. A mí me dio risa su risa y se me pegó. Y las dos nos reíamos de la pura risa que teníamos. De tanto reír, a la Morgana se le saltaron las lágrimas y yo me caí de la silla.

En eso entró la tía y preguntó: «Morgana, ¿por qué estás llorando?» Y ahí sí que se nos reventó la risa por la cara, hasta casi se me salió un poco de pipí. La tía nos miraba estupefacta hasta

que también se contagió y terminamos las tres riéndonos abrazadas en la sala.

Cuando volvieron los niños del recreo no entendían nada. Pero la tía nos sentó juntas a la Morgana y a mí y empezó la clase de inglés. La Morgana es la que más sabe inglés en el curso, así que me ayudó a hacer los ejercicios. Lo que pasa es que para mí puede ser inglés, chino o venezolano, sencillamente, no lo entiendo. Pero hoy, por primera vez, entendí algo.

Cuando iba camino a mi casa me sentía livianita y hasta me reía sola al acordarme de la risa de la Morgana. De pronto, me acordé del posible desastre que podría haber en mi casa si la Matilde se hubiera escapado. Se me apretó el estómago y llegué corriendo a ver cómo estaba la cosa. Todo estaba flor: el Salomón dormía profundamente sobre mi cama y, entre sus patas, dormía, como un ángel, la Matilde. Me tendí, agotada, al lado de ellos y me acordé de mi sueño premonitor: el Salomón era la Morgana

y yo era la Matilde que lo hizo reír. De ahora en adelante voy a anotar todos mis sueños porque descubrí que, por lo menos los míos, tienen mensajes secretos que vienen cargados de buenas noticias.

Cuando despertó la Matilde, la tomé, le hice cariños y le dije, en secreto, que estaba muy orgullosa de ella y que nunca más desconfiaría. Yo creo que la Matilde me entendió porque se puso a correr por mi brazo y a hacerme esas cosquillas que ella sabe que me encantan.



Pobre tía Pita

La tía Pita es mi vecina y mi segunda mejor amiga. Siempre me escucha cuando tengo pena, pero a veces también nos peleamos. Esos días, cuando nos peleamos, yo siempre voy a verla antes de acostarme a dormir y ella me perdona todos los pecados cometidos en su casa. Pero esta vez fue diferente

Todo empezó porque, como era sábado, fui temprano para sorprenderla con el desayuno. El problema fue que no miré la hora, eran las seis de la mañana. La tía Pita se sorprendió y me agradeció el desayuno, pero dijo que se lo tomaría cuando se despertara de una pesadilla en la que yo me aparecía por su casa como a las seis de la mañana. Entendí el mensaje y me iba a ir a mi casa, cuando descubrí que el Salomón

me había seguido hasta donde la tía Pita y estaba muy instalado en su sillón de felpa. Traté de sacarlo, pero parece que tenía demasiado sueño y no se quería mover de ahí. Esperé y esperé, pero el Salomón no se despertaba. Así que me instalé en la salita y me quedé dormida, esperando que al Salomón se le pasara el ataque de sueño, porque la tía Pita tiene un solo defecto: es alérgica a los perros.

Me desperté con un barullo enorme. La tía Pita aullaba y el Salomón corría desbandado por su casa, botando todo lo que había a su alrededor. ¡Pobre Salomón! Parece que los gritos de la tía Pita lo volvían loco. A mí también me volvieron un poco loca porque me puse a saltar detrás del Salomón, tratando de que no destruyera más cosas y de taparle los oídos para poder llevármelo a mi casa. Entre tanta carrera se me ocurrió usar unos tomaollas de la tía para taparle los oídos, pero los gritos desesperados seguían y el Salomón de un salto llegó al jardín. En un dos por tres, destruyó



todas las camelias que la tía Pita tanto adora. Después, saltó a la piscina y tuve que saltar detrás de él porque el Salo no nada muy bien. Caí con ropa, tomaoallas y todo.

Cuando lo estaba secando con la cortina del living, escuché a lo lejos que la tía Pita seguía aullando. Pensé que era por lo de la alergia, pero después me acordé que la alergia da picazón, no gritos. Mandé al Salomón directo a la casa con instrucciones precisas de no distraerse en el camino y me fui al dormitorio de la tía Pita a pedirle disculpas. La tía estaba tendida en la cama y se contorsionaba como una babosa bajo la luz de una lupa. Me asusté de verla tan alérgica y le pedí muchas disculpas, le pasé las aspirinas por si las necesitaba. Pero la tía Pita no me hacía caso y señalaba el teléfono como si eso la fuera a curar de la alergia. Tanto insistía que se lo pasé y me dijo: «Llama a una ambulancia». Con los nervios, marqué el número de la Morgana, que me retó por llamarla tan temprano. Le pedí que, por favor, llamara a una

ambulancia porque yo no me sabía el número y que la mandara para mi casa, total es al lado de la casa de la tía Pita.

Ahí todo se confundió. Parece que cuando llegó la ambulancia a mi casa mi mamá pensó lo peor porque no me encontraba en ninguna parte. Dicen que se puso a llorar y que los señores de la ambulancia le dieron un calmante y llamaron a la policía porque ellos no tenían nada que ver con secuestros. Cuando llegó la policía, mi mamá dio todos mis datos y mi foto y ellos empezaron a investigar el caso. La primera parte que investigaron fue el jardín de mi casa, la casucha del Salomón, la casa del Roco, el quiosco de don Luis y, por fin, llegaron a la casa de la tía Pita. Cuando yo les abrí la puerta, toda mojada, ellos quedaron estupefactos. Me miraban y miraban la foto y me volvían a mirar. «¡Señora, resolvimos su caso!», le gritaban a mi mamá, que estaba todavía desmayada en la ambulancia. Me tomaron tan rápido del brazo, que no

alcancé a decirles que la tía Pita se estaba muriendo en su cama.

Mi mamá recuperó rápidamente la cordura y me mandó castigada a mi dormitorio. Yo le iba a decir lo que pasaba, pero me dijo que no abriera la boca porque no había ninguna excusa para lo que había hecho. Así que obedecí y me encerré en mi pieza mirando a la policía y a la ambulancia desde la ventana. Pero me acordé que la tía Pita estaba grave y abrí la ventana para decirles que no se fueran. Como no podía hablar, les lancé un mensaje escrito en un papel, amarrado en una pelota de tenis para que no se volara. La mala suerte fue que la pelota le cayó en la cabeza al señor de la ambulancia y la policía pensó que era una emboscada y se pusieron en guardia.

Mi mamá estaba roja de furia y entonces tuve que desobedecer y les grité: «¡La tía Pita se muere!». A mi mamá se le pasó la furia en un segundo y entró a la casa de la tía Pita, seguida por

el escuadrón de personas que había salido a la calle a reclamar por tanto ruido tan temprano en la mañana. También la siguieron los policías y los *ambulancias*.

Al final, vi que se llevaban a la tía Pita en una camilla y le pusieron una cosa como oxígeno en la



boca. Mi papá subió a mi dormitorio exigiendo una explicación. Por temor a que la policía se llevara al Salomón, no quise decir exactamente todo. Así que no dije nada y mi papá me castigó por el resto del día en mi dormitorio.

Así pasaron las horas más largas de mi vida mirando por la ventana, esperando tener noticias de la tía Pita. Me sentía terrible porque por mi culpa y la culpa del Salo, quizás la tía Pita se iba a morir. Con esos pensamientos estaba, cuando llegaron mis papás a verme y me contaron que la tía Pita estaba mejor. Me explicaron que se quedaría en la clínica unos días porque le habían tenido que

sacar no sé qué cálculo de la vesícula. Así que no había sido la famosa alergia al Salomón lo que la había dejado aullando, menos mal. Pero lo triste fue que no pude ir a su casa para la absolución de mis travesuras y me quedé con ese sabor a haber metido la pata en el corazón.

Hace poco rato vino mi mamá y le conté que me sentía mal por lo de la tía y me dijo que no me preocupara. Según mi mamá, después de todo, gracias al escándalo, yo le había salvado la vida a la tía Pita. Si no hubiese sido por lo de la idea del desayuno nunca habría venido la ambulancia, ni la policía y la tía podría haber sufrido mucho rato más. Ojalá la tía Pita también piense eso, ojalá que llegue luego para pedirle disculpas y que me perdone por lo del Salomón. A mí no me gusta irme a dormir con cuentas pendientes. Esta noche, antes de quedarme dormida, voy a intentar una comunicación telepática con la tía Pita para que cuando llegue de vuelta a su casa ya me haya disculpado.

Los supuestos

Hay días en que todo pasa al mismo tiempo. Hoy llegó la tía Pita de sus vacaciones en la clínica. Ella dice que fueron vacaciones, porque después de que se le pasó el dolor, aprovechó el tiempo libre para leer, tejer, dormir y ver tele hasta que se cansó. Y cuando se cansó decidió volver a su casa porque echaba demasiado de menos a sus camelias y a mí.

Yo me puse tan contenta de verla, que decidí sorprenderla con algún regalo especial. Mientras ella descansaba en su casa y hablaba con las personas que la habían ido a visitar, yo me fui a su cocina para hacer un postre triunfal. Abrí todos los tarros de crema y como cinco frascos de mermelada y mezclé todo en un bol. Agregué azúcar y unas

gotitas de limón y para darle un toque especial le puse todos los bombones que ella había traído de la clínica. Cuando terminé, entré al comedor, donde estaban todos, con una gran bandeja y muchas cucharas para que todos probaran. Yo pensaba que me iban a felicitar por mi *extra-ordinaria* idea, pero en el comedor la felicitada era otra.

Todos rodeaban a mi mamá, la abrazaban y le tocaban la panza. Ella sonreía como un ángel que se hubiera comido un pastel de chocolate. Yo me acerqué y le miré la pancita, estaba redondita como un gato enroscado. Ahí me vino la revelación instantánea: ¡Ibamos a ser papás! De la pura impresión se me cayó la bandeja de las manos y fue a dar nada menos que sobre mi mamá. Todos corrieron a socorrerla, como si la crema le hiciera mal, yo me quedé parapléjica mirando el desastre y tragando saliva por el castigo que se me venía encima. Pero en vez de castigo, todos los ojos me miraban con pena,

como si me hubieran echado del colegio o algo peor. Ahí sí que me *in-digné* y dije furiosa: «¿se puede saber cuándo me iban a comunicar a mí que íbamos a ser padres?» Nadie dijo nada. Mi mamá me miraba como si no me conociera y trató de acariciarme el pelo. Yo le saqué la mano y me fui directo a la cocina para pensar un poco sobre el futuro. Pero llegaron mi mamá y la tía Pita y me acorralaron. Me dijeron que habían decidido esperar un poco antes de contarme por si el embarazo no resultaba. Yo les dije que obviamente estaba resultando, era cosa de mirar la panza de mi mamá. Grité furiosa: «¡Exijo saber cuándo va a nacer el supuesto!» Mi mamá me miró y con una calma rara me dijo «los», «¿Cómo, le vas a poner «los», ése va a ser su ridículo nombre?» «No, mi amor, son los supuestos, quiero decir que son dos hermanos los que van a llegar».

Mi corazón latía tan fuerte que no pude oír nada más. Algo me decía la tía Pita de que yo podría elegir los

nombres. Algo decía mi mamá de que yo podría ayudarla a cambiar pañales y dar maderas. Algo se me secaba a mí en la boca y me fui corriendo para mi casa. Ya no quería estar allí. Mi mamá iba a salir corriendo detrás de mí, pero llegó la multitud de visitas y se pusieron a tocarle la panza y me fui sola con mi rabia para la casa.

El Salomón me movió la cola y la Matilde pegó un salto cuando me vio. Pero yo no tenía ni ganas de jugar. Empecé a preparar una mochila con todas mis cosas. Ya no habría lugar para mí en esta casa. Llamé a la Morgana y le dije que se preparara para recibir una hermana adoptiva. Pero la Morgana me dijo que cuando su hermano nació casi todos los regalos fueron para ella. Así se le habían quitado las ganas de irse.

Me di cuenta que la Morgana no sería mi cómplice, así que llamé a la Trini. La Trini me dijo que ella no tenía hermanos y que daría todos sus juguetes por tener uno. Me dijo que no me

fuera de la casa para que cuando nacieran yo le regalara uno a ella. La Trini tampoco quería ser mi cómplice. Fui a la casa del Roco a pedir ayuda, pero todavía no llegaba del colegio. No sabía qué hacer. Bajé al computador de mi papá y le escribí un mail a la Vale: «Vale. Socorrió. Llegan dos energúmenos. Juntemos plata para irme a vivir contigo a Francia» y firmé ESTORNUDO.

Me quedé esperando que la Vale me contestara, así que des hice mi mochila porque podían pasar muchos días antes de que la Vale leyera el mail. Y mientras esperaba, se me aparecieron en la imaginación dos monstruos minúsculos que rompían mis juguetes, babeaban mis experimentos, le sacaban las patitas a la Matilde o le tiraban la cola al Salomón. Los pensamientos me pusieron la piel de gallina, sin mencionar el olor a guagua... En eso estaba cuando alguien mandó un mensaje secreto por debajo de mi puerta. El sobre venía cerrado. «Aquí puede estar mi salvación», pensé.



Abrí el sobre. Adentro había como cinco fotos más, de cuando yo era una pequeñísima bebé. Me dio como ternura ver esas fotos. Y pensar que ahora estoy hecha toda una prepúber. En todas las fotos salían mi mamá y mi papá abrazándome, dándome besos o haciéndome algún cariño. «Se nota que antes me querían», pensé. Y como si alguien hubiera leído mis pensamientos saltó del sobre otro papel. Era una carta, una carta que mi mamá me escribió el día que yo nací. Decía así:

Mi niña, hoy has nacido a este mundo y, contigo, me ha nacido a mí un nuevo corazón, más grande y más generoso. Gracias. Tu mamá que te adora para siempre.

Cuando terminé de leer me entró como una pena con alegría, pero era más pena, con lágrimas y todo. Cuando di vuelta la carta para guardarla vi que mi mamá había escrito algo por detrás.

Decía así:

Vivita, nada de esto ha cambiado, mi corazón nace y se agranda cada día cuando te veo despertar y te veo crecer. Eres mi niña especial, nadie sabe, ni sabrá nunca usar esa llavecita mágica que nos llena de alegría al papá y a mí. Tus hermanos llegarán a ocupar un espacio nuevo y muy dulce, pero el tuyo es sólo tuyo. Por favor no nos dejes, se secarían nuestros corazones sin ti.

Mamá

Entonces me dio la pena mayúscula y me puse a llorar con fuerzas. Me di cuenta que mi mamá seguía siendo mi mamá, había leído telepáticamente mis pensamientos y me mandó justo lo que yo necesitaba. Creo que lo que yo necesitaba era llorar y saber que todavía me querían. Abrí la puerta para ir a



buscar
a mi mamá,
pero la muy es-
pía me estaba es-
perando ahí mismo. Me
abrazó y yo la abracé. Lloré y ella tam-
bién un poco, de emoción, dijo. Justo
llegó mi papá, que no entendía nada y
puso cara de pregunta. Mi mamá le di-
jo: «No preguntes nada y ven». Mi papá
obedeció automáticamente y nos abrazó
a las dos, que seguíamos llorando. Des-
pués de un rato nos miró y preguntó:

«¿Quién se murió?» Con la mamá nos
miramos y nos dio ataque de risa y el
papá con cara de *estupe-facción* movía
la cabeza y decía algo sobre la curiosa si-
cología femenina.

Fue una tarde linda. Estuvimos
en el jardín conversando los tres. Des-
pués llegó la tía Pita, que se cansó de
tanta visita y se arrancó para mi casa.
Todos estábamos contentos, como reci-
én nacidos. Mi corazón estaba liviani-
to. Cuando llegó la hora de acostarse,
mi mamá me acompañó un rato y me
contó sus historias de juventud. Yo la
abracé, le dije que la quería mucho y
que le perdonaba que fuera tan cursi
para escribir. Ella se rió y me dio un
abrazo enorme.

Todavía no conozco a mis herma-
nos, pero por ahora no me voy a ir de la
casa porque me entró la curiosidad de
saber cómo serán. Además, yo creo que
en ningún otro lugar del mundo me
cuidarían como en mi propia casa.
Tengo mucho que pensar, pero no me

apuro porque faltan como cuatro meses para que nazcan los supuestos mellizos. En todo caso, la Vale me contestó el mail. Dice que juntemos plata y que me vaya con ella cuanto antes, pero yo le escribí que no todavía porque primero debo conocer a alguien. No importa, la Vale es mi amiga y me va a esperar todo lo que sea necesario.

Fin de año

Querida Vale:

Te escribo para contarte que éste ha sido un año especial. Empezó muy pésimo cuando supe que te ibas y tuve que enfrentar sola a la tonta de la Morgana. Pero de a poco me he ido amigando con ella y ahora hasta se ríe de mis chistes. Además, tengo dos buenos amigos nuevos: el Roco y la Trini. La Trini es sobrina de la tía Pita y el Roco es el vecino del que ya te conté en otro mail.

Entonces fue triste porque te eché de menos y extra-ordinario porque el Roco, la Trini y yo formamos un nuevo club de detectives. El Roco es el presidente y la Trini y yo somos las espías; hasta el Salo

participa en los casos en que necesitamos un incógnito. Y lo mejor es que ya saben tanto de ti, que te nombraron vicepresidenta para cuando llegues.

El otro día hasta le resolvimos un caso imposible a la tía Pita. Se le habían desaparecido unos aros de oro de otro siglo. Ella pensaba que alguien se los había robado, pero no sabía quién. La Trini, el Roco y yo pensamos y pensamos, hasta que nos dolió la cabeza, pero de repente nos acordamos de que al Napo, el hámster de la Trini, que siempre viene con ella, le encantan las cosas brillantes. Fuimos a su jaulita y ¡voilà!, allí estaban.

La tía Pita estaba tan agradecida que hasta nos pagó y dijo que nos iba a recomendar a toda la gente que ella conociera. Al Salo le pagó con un hueso, eso sí, porque total a él que le importa la plata. Con lo que nos pagó la tía Pita y con lo

que ganamos resolviéndole un caso a mi mamá y otro a don Luis (el del quiosco, que ya volvió y tiene un puesto de lo más bonito), decidimos hacer una fiesta de disfraces para celebrar el Año Nuevo.

Invitamos a todo el mundo, hasta vino la Morgana con su familia. Usamos la casa del Roco, que es extra-ordinaria porque tiene piscina y todo. Lo único malo fue que en la mitad de la fiesta a mi mamá le dio una pataleta de dolor y era que iban a nacer mis hermanos. Partimos todos disfrazados a la clínica. Allá nadie nos creía, que traíamos a una mujer a punto de dar a luz. Como mi mamá estaba disfrazada de zapallo gigante ni parecía que estaba así. Todos hablaban al mismo tiempo con las enfermeras hasta que el Roco gritó: «¡Silencio!, déjenme explicar a mí». Todos obedecieron y el Roco casi parecía el padre de las criaturas,

porque entró de la mano con mi mamá y esperó con ella a que llegara el médico. Y, aunque estaba disfrazado de marciano y todo pintado de verde, es tan mandón, que hasta las enfermeras le hicieron caso.

Lo que es mi papá, se puso tan nervioso que, al entrar a la clínica, le dio una fatiga y hubo que dejarlo sentado en la sala de espera, lacio y pálido como un espárrago hervido. Al final todos se fueron, mi papá reaccionó y yo me quedé en la clínica con la tía Pita, sentadas en una silla más dura que una piedra y disfrazadas de conejo.

Pero valió la pena, porque cuando de repente vi aparecer la cara de mi papá detrás de una ventana, haciendo todo tipo de señas de mono, me di cuenta de que ya éramos una familia de cinco. Entonces sentí como que una cosa calentita me recorría todo el cuerpo y el alma,



y me dieron ganas de llorar y de hacer pipí al mismo tiempo.

Así que después de un rato fui a ver a mi mamá y a mis nuevos hermanos, los melli, que todavía no tienen nombre porque si se habla del tema es para puro pelear y nadie se pone de acuerdo. Por ahora, son sólo «los melli» o el melli uno y el melli dos. Hasta que se calmen los ánimos o hagamos una votación democrática para elegirles un nombre, como Dios manda.

Mi mamá estaba tan contenta que se reía todo el rato y mi papá la miraba como si ella fuera de chocolate. Puro amor.

Así fue mi Año Nuevo, Vale. Tengo dos hermanos que cuando crezcan tendrán que ser detectives o algo así. Y hasta podrían servirnos para mandar mensajes secretos adentro de los pañales. ¿Quién sospecharía de una guagua?

Hoy es dos de enero y todavía no puedo dormir. Todas

las personas que conocemos se vinieron directo de sus fiestas a la clínica a visitar a los melli. Todos se veían casi tan cansados como mi mamá. Yo he recibido muchos regalos por ser la hermana mayor y estoy feliz, pero agotada. Ahora voy a dormir, escíbeme cuando puedas.

Te quiero mucho, te echo de menos y te esperaré todo el tiempo que te demores en llegar. ¡Feliz Año Nuevo!

Tu sincero ESTORNUDO.

PAULA CARRASCO B.

Paula Carrasco nació en Santiago, el año 1967. Realizó sus estudios de pre y post grado en Psicología y Lingüística en Estados Unidos. Ha ejercido como docente a nivel escolar y universitario. Coeditora de publicaciones de crítica literaria. Fue miembro del Comité de Selección de libros infanto-juveniles, dependiente de la DIBAM, entre 1998 y 2001. Actualmente ejerce como psicoterapeuta, trabaja con niños y jóvenes en terapia individual y grupal.

Índice

Barcos que vuelan.....	9
La bomba higiénica.....	19
La bomba fétida.....	26
Roco.....	34
La carta.....	42
Músico y todo.....	51
Un día feliz.....	58
El sueño.....	65
Pobre tía Pita.....	74
Los supuestos.....	82
Fin de año.....	93
Biografía de la autora.....	100